

# El Susurro de las Ruinas

king of lemos T.D



# Capítulo 1

Mantis despertó una vez más en aquel bosque extraño, un lugar donde el tiempo parecía estancado y la niebla lo envolvía todo. No podía recordar cuántas veces había estado allí; tal vez desde el instante en que ~~□zarano~~ maldijo con la lucha eterna. Desde el momento en que desafió el ciclo, cuando rompió el equilibrio de los dioses, su castigo lo ató a este rincón de la existencia.

Al principio, creyó que era una prueba. Quizás las criaturas que habitaban el bosque eran neutras, simplemente piezas de un propósito mayor. O tal vez eran entidades malvadas. Lo único que sabía con certeza era que, cada vez que caía, su esencia volvía a aquel portal en ruinas. A diferencia de otros mundos, donde su muerte lo arrojaba a su fría y distante cueva, aquí todo era distinto. Este lugar no lo soltaba del todo. El portal estaba siempre allí, silencioso, como una salida al sufrimiento; podía cruzarlo y escapar si así lo deseaba, pero algo en el aire, en la tierra misma, parecía insistir en que permaneciera, como si el bosque ansiara que viviera, que luchara. Que lo entendiera.

La atmósfera de aquel lugar era opresiva, cargada de un misterio que parecía filtrarse en cada sombra y rincón. Era como si el bosque mismo estuviera vivo, como si un ente invisible lo vigilara, un espectador silencioso de cada uno de sus movimientos. Había algo inquietante en la conexión entre su existencia y ese lugar; como si ambos estuvieran unidos por un vínculo inquebrantable.

Recordaba vagamente haber escuchado un susurro distante, un eco que resonó en su mente durante una de sus estancias allí. Ese murmullo habló de un nombre, de un tiempo pasado en el que aquellas ruinas fueron el corazón de una civilización magnífica y avanzada. Pero todo eso ahora no era más que polvo y olvido. ¿Podría ser precisamente ese olvido lo que lo retenía en aquel lugar? ¿Un eco persistente de lo que alguna vez fue, aferrándose a su esencia para evitar desaparecer por completo?

Aquel bosque horrible estaba vivo. Las ramas y raíces de los árboles se retorcían como tentáculos, danzando al capricho de dioses de antaño, entidades cuyos nombres se habían perdido en el tiempo. En las largas y extrañas jornadas que pasó en ese lugar atemporal, Mantis llegó a comprender un oscuro secreto: no era una sola entidad la que habitaba ese espacio. Era como si las ruinas y el bosque librasen una guerra silenciosa, un conflicto eterno donde ninguno atacaba ya al otro, pero ambos permanecían recelosos, incómodos de compartir el mismo terreno.

La sensación era palpable, como si dos entidades, ambas más allá de cualquier comprensión mortal, se hubieran enfrentado allí alguna vez. Solo sus ecos permanecían de esa antigua batalla, resonando en el aire

pesado y opresivo. Cada una parecía perseguir un objetivo distinto: una deseaba que él permaneciera, mientras que la otra hacía lo posible por impedirlo, por mantenerlo alejado de la verdad enterrada en las ruinas. ¿Cuál de las dos tenía razón?

Mantis sabía, por amarga experiencia, que *□nkalanpato* actuaba ni por bondad ni por maldad. Si esto era obra de su voluntad, o de otra entidad similar, no había cabida para culpar a nadie. Tal vez se trataba de un conflicto de intereses, o quizás los antiguos habitantes de ese lugar habían intentado lo mismo que él, hace eones incalculables: desafiar a los dioses. Pero cuando llegó, ya no quedaba nada de ellos, solo ruinas olvidadas y el eco de un pasado que ni siquiera el tiempo podía medir.

A medida que avanzaba, las ruinas se alzaban ante Mantis como colosos olvidados, restos de una civilización cuya magnificencia había sido devorada por el tiempo. Las piedras estaban cubiertas de musgo y grietas, pero conservaban un orden inquietante.

El aire era denso allí, cargado de un silencio que no pertenecía al mundo natural. Cada paso parecía amplificar el eco de su presencia, y las sombras proyectadas por las estructuras se estiraban de formas imposibles, como si las ruinas mismas trataran de alargar su alcance. No era solo un lugar abandonado; era una presencia, un testigo mudo de un poder que alguna vez gobernó este rincón del mundo.

Había algo profundamente perturbador en cómo las ruinas resistían el paso del tiempo. Las grietas y el desgaste en sus muros no parecían señales de debilidad, sino cicatrices de una lucha antigua

Mantis avanzó hacia el templo, una estructura inmensa que se alzaba como un monolito olvidado en medio del bosque. Sus pilares, gruesos y desgastados, parecían extenderse más allá de la niebla, desapareciendo en un cielo que nunca mostraba el sol. La geometría del templo era desconcertante; las líneas rectas parecían curvarse al mirarlas, y las sombras que proyectaban sus muros seguían patrones que desafiaban toda lógica.

Las paredes estaban adornadas con relieves que contaban historias que Mantis no podía comprender. Figuras alargadas y retorcidas bailaban en escenas de caos y creación, sus formas cambiando sutilmente con cada parpadeo. El suelo, frío bajo sus patas, estaba compuesto de un material oscuro que absorbía la luz, como si el lugar devorara incluso la energía de su entorno.

En el corazón del templo, un altar masivo se alzaba, tallado en una piedra opaca que brillaba débilmente con un fulgor azul. No era un lugar de adoración, sino un punto de convergencia, un centro donde fuerzas antiguas parecían haberse reunido para un propósito que trascendía toda

comprensión. La sensación de ser observado se hizo más intensa allí, como si los mismos muros del templo juzgaran su presencia, aguardando a que diera el siguiente paso

Decidió no permanecer mucho tiempo en el templo, temiendo que su ya frágil cordura se desmoronara por completo al luchar contra aquella atmósfera aplastante. La sensación era como un peso invisible que se aferraba a su mente, susurrándole pensamientos ajenos. Las paredes parecían respirar, emitiendo un zumbido bajo, casi imperceptible, que reverberaba en su interior, haciendo eco en lo más profundo de su ser. Algo más que piedra y tiempo habitaba ese lugar; algo que quería entrar en su mente.

Regresó al bosque, donde el aire, aunque opresivo, era menos denso. Allí, se sintió menos asfixiado, aunque no menos vigilado. La otra presencia, la del bosque, era más tangible pero igualmente inquietante. Las enredaderas vivas se retorcían a su paso, como si se alimentaran de sus titubeos, y los árboles, con formas imposibles y geometrías distorsionadas, parecían observarlo con ojos que no estaban allí. Cada obstáculo que enfrentaba se volvía más complejo, más hostil, como si el bosque estuviera probándolo, o quizás disfrutando de su lucha.

Sin embargo, prefería enfrentarse a esos terrores palpables que a la sensación del templo, esa certeza de que algo desconocido estaba jugando con su mente, o peor aún, buscando entrar en ella. En el bosque podía luchar, podía moverse, pero en el templo estaba inerme, atrapado en un duelo silencioso con una fuerza que ni siquiera podía ver.

Había pasado eones desde que dejó de ser un ser mortal común. Incluso así, había cosas que podían aterrarlo. Las luces espectrales que a veces bailaban entre las ramas del bosque eran un recordatorio constante de ello. No eran luces naturales; no irradiaban calor, ni parecían moverse según las leyes de este mundo. Cambiaban de color, adoptando tonos indescriptibles, y cada vez que las miraba, sentía un frío que no pertenecía al aire, sino a algo más profundo, algo que resonaba en sus entrañas.

El suelo parecía impregnado de una sustancia extraña, como si un rastro de esa energía incomprensible hubiera filtrado su esencia en la tierra misma. Las plantas que crecían allí no eran naturales; su brillo enfermizo y sus formas retorcidas sugerían que eran el producto de un cambio más allá de la comprensión. Mantis se preguntó si esa corrupción había surgido del mismo bosque o si era un eco de lo que ocurrió en el templo, una herida que aún sangraba en el tejido de la realidad.

No podía evitar sentirse atrapado entre dos entidades inmensas, ambas ajenas a la moral o los conceptos mortales de bondad y maldad. Y, sin embargo, ambas parecían estar profundamente interesadas en él, como si

su existencia fuera un peón en un juego más grande, cuyos movimientos eran imposibles de prever.

Mantis sabía lo que significaba enfrentarse al bosque. Había aprendido, con el paso de incontables enfrentamientos, a discernir las fuerzas que lo dominaban. Conocía a  $\square$ nkalanpat $\square$ l Dueño de la Selva, Astaron, y al eco eterno que lo representaba,  $\square$ zarana. Pero sabía que estas entidades eran más que figuras de poder; eran principios, ideas que tomaban forma en los rincones más oscuros del mundo. No eran las únicas voces del cosmos, ni los únicos poderes capaces de moldear la realidad.

Había escuchado una vez el nombre que los antiguos susurraban para referirse a los suyos: Irawa, "Diablos, Los no Muertos, espíritus". Eran aquellos que, como él, desafiaron las reglas fundamentales, y por ello, habían sido malditos. En aquel bosque, sabía que no estaba solo. La manifestación del bosque, la Flor Eterna, no era un ser común, sino otro Irawa, un eco de lo que alguna vez fue, atrapado en una existencia eterna. Ya se habían enfrentado antes, y aunque la Flor Eterna no mostraba maldad, tampoco tenía piedad. Era un avatar de raíces y vida, un mecanismo neutral que simplemente hacía su trabajo, una fuerza sin conciencia ni juicio.

La lucha comenzó como siempre. Las raíces se alzaron desde la tierra, moviéndose como serpientes colosales, mientras las lianas desgarraban el aire con un silbido ensordecedor. El aura del bosque se volvía más pesada a medida que avanzaba, y la Flor Eterna emergía como una amalgama de enredaderas que se unían en una forma humanoide, coronada por una flor que irradiaba una luz verde-azulada. Mantis no podía comprender por completo lo que enfrentaba. Sabía que aquello no era la verdadera forma del bosque, sino una fracción de su poder, una máscara diseñada para contenerlo.

El terror no provenía de los ataques físicos, sino de la sensación constante de ser observado, de que algo, más allá de lo visible, estaba tomando nota de cada movimiento. Cada golpe que asestaba, cada esquivo que realizaba, parecía apenas arañar la superficie de un poder mayor. Por momentos, la lucha se volvía absurda, como si las propias raíces lo arrastraran no para derrotarlo, sino para prolongar el combate, para cansarlo, para mostrarle su insignificancia frente al bosque.

Cuando finalmente logró romper el cuerpo del avatar, la luz que coronaba a la Flor Eterna se apagó, y el bosque se sumió en un silencio aplastante. Mantis sabía que no había ganado realmente; lo había sentido en cada fibra de su ser. Aquello no era más que una fracción, una prueba, un recordatorio de que el verdadero poder del bosque estaba fuera de su alcance.

Y como siempre, al vencer, no encontraba descanso. Una vez más fue transportado al inicio de su camino, al portal en ruinas que marcaba el límite entre el bosque y el resto del mundo. Allí, tenía que tomar una decisión: cruzar el portal y abandonar aquel lugar o permanecer y luchar nuevamente. Pero cada vez que avanzaba, parecía descubrir algo nuevo, como si solo se le permitiera ver una parte del camino con cada intento. Y siempre quedaba la sensación de que el lugar era mucho más vasto de lo que podía comprender.

El templo siempre reaparecía, una estructura imponente y distante que parecía invitarlo a adentrarse más, mientras el bosque lo enfrentaba nuevamente, como si le advirtiera que no siguiera adelante. Y entre todo esto, una voz que no pertenecía a ~~□zarando~~ llamaba, una invitación sutil pero persistente a continuar su viaje. Siempre estaba la Flor Eterna al final del camino, la misma entidad que debía enfrentar una vez más, como si aquella lucha interminable fuera la única forma de alcanzar la verdad enterrada en ese mundo.

Mantis no sabía cuántas veces había estado allí. Quizás cientos, quizás miles. El tiempo no tenía sentido en ese lugar, y las líneas entre sus victorias y fracasos se habían desdibujado hace mucho. Todo lo que sabía era que aún no había alcanzado el final, y que la verdad, cualquiera que fuera, seguía fuera de su alcance. Pero el ciclo continuaría, como siempre.